

Próximo número:

La sugestiva narración

## Dos novelas de amor

Preciosa película de la  
**LOEW-METRO**

interpretada por

Estelle Taylor, Marguerite de la  
Motte, John Bowers, etc.

\*\*\*\*\*

Selección «*Gallo de Oro*» del  
Programa Vilaseca y Ledesma S. A.

\*\*\*\*\*

Interesantes ilustraciones en el texto

Postal - fotografía - regalo

### Lya Mara

Precio: 25 céntimos

La Novela Semanal Cinematográfica

Sale todos los miércoles en toda España.

E. VERDAGUER MORERA.-TARRASA

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 142

25 cts.



LO QUE  
CUESTA  
LA HERMOSURA

por  
Betty R. Clarke  
**Filmoteca**  
de Catalunya

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A  
BARCELONA

AÑO IV

N.º 142

## LO QUE CUESTA LA HERMOSURA

según la famosa película adaptación de la obra de tesis dedicada a la mujer moderna.

Protagonista: BETTY R. CLARKE

Presenta-  
ciones del  
■■■■■■■■■■



■■■■■■■■■■  
Marca  
registrada

Consorcio Internacional de Explotaciones  
Cinematográficas (por contracción comercial)

C I E C

Central: Aragón, 231 bis. - Barcelona

---

## LO QUE CUESTA LA HERMOSURA

---

### Argumento de la película de dicho título

---

*¡Ay de la mujer que no comprenda que sólo en la maternidad hallará la verdadera hermosura que ni envejece ni muere, y en la paz del hogar la única felicidad posible!*

#### HOJAS SECAS

Cierto atardecer plomizo, gris, opaco... un atardecer genuinamente londinense, en que los transeuntes apresuran el paso, la lluvia que cae, más que propiamente lluvia es una pulverización anti-pática y molesta... la neblina densísima y amarillenta parece pegajosa...

Diana Marsh no había salido de su casa. Se aburría y trataba de buscar alivio a su "spleen" bu-

ceando en su propio pasado... en sus recuerdos plasmados en el diario de su vida.

Era un libro bastante voluminoso, las primeras páginas se remontaban casi a la niñez de la que en ellas había vertido sus recónditas confidencias. La última sin terminar del todo, es decir, sin ser realmente la "última página", tenía las siguientes palabras escritas:

*"¡Cuán necia fui... cuán lejos se me antoja todo aquello... ocurrido ayer!"*

Diana, con cierta dolorosa displicencia, como si el recordar todo "aquello" la apenara hondamente, siguió hojeando:

*"Hay mujeres que han nacido para ser amas de casa o madres de una multitud de pequeñuelos que ni tiempo les dejan de lavarse la cara... Yo he venido al mundo para vivir entre joyas y sedas..."*

Y siempre abriendo páginas al azar. Diana siguió leyendo:

*"Dicen que soy hermosa... Debo pues consagrar mi existencia a pasear mis gracias triunfantes por los ambientes de oro."*

Cuando Diana pensaba todo aquello tenía escasamente diez y ocho años. Desde pequeña habían halagado sus oídos tan repetidamente diciéndole que era bonita, que bien podemos decir que acabó por enamorarse de ella misma.

Muchas noches, antes de acostarse, se ponía ante el espejo gustando de contemplar la imagen esplén-

dida que le enlaba, de rostro tan hermoso y líneas tan esculturales, que ella misma se admiraba.

Cierto día, una riquísima tía suya que habitaba en Londres, vino a visitarlas a su madre y a ella que juntas vivían en un pueblito cercano.

—Mi sobrina es demasiado bonita para que se consuma en este pueblucho—dijo aquélla en cuanto vió a la hermosa Diana—. Nada, nada... Yo me la llevo a Londres y allí la casaremos del modo más brillante.

Y así se hizo. Poco después, Diana saboreaba la inmensa dicha de desarrollarse y vivir entre el mundo más elegante de Inglaterra.

No había en sí de gozo. Trajes, diversiones, halagos... Todo lo disfrutaba con fruición. Pero una cosa le faltaba que ansiaba rabiosamente conocer...: el amor.

¿Qué de extraño tiene que no bien los hombres de la mejor sociedad se fijaran en su proverbial hermosura la cortejaran, se la disputaran?...

Pero ella había puesto sus ojos en Rogelio Walters, un hombre elegantísimo y de mucho talento que estaba para casarse con Carola Benson, una muchacha insignificante.

¿Escogió Diana a aquel hombre que estaba prometido a otra, precisamente para poner a prueba lo irresistible de sus encantos?... ¿Fué amor... fué "flirt", fué coquetería?...

Rogelio era un hombre de unos treinta años. Su

ancha frente y sus ojos penetrantes denotaban un talento poco común. Era sentimental, serio, probo, recto, amante de la familia. Familia que quería constituir ansiosamente, pues falto de padres, había vivido, puede decirse, solo desde su infancia.

Con Carola Benson mucho tiempo hacía que se



¿Fué amor... fué "flirt", fué coquetería?...

querían profundamente... Mas Diana era tan soberanamente encantadora, que Rogelio, sin darse cuenta, cometió un acto que su propia conciencia repugnaba... No supo resistir. Aquella muchacha tan deliciosa le enloqueció de tal modo, que poco después de conocerla se casaba con ella... abandonando a la otra.

## NOCHE DE BODAS

El banquete de boda fué de lo más brillante que imaginarse pueda. Los dos novios, poseedores de extraordinaria fortuna y pertenecientes a las mejores familias de Inglaterra, congregaron alrededor de su mesa fastuosa a lo más brillante de la buena sociedad.

Entre los comensales no faltó el pariente casi desconocido, enriquecido ilógicamente en las colonias, que quiso pronunciar el consabido discurso.

—Me es grato ofrecer a los novios—empezó diciendo—, además de mi valioso regalo de boda, el torrente de elocuencia que suele desbordarse de mis labios...

Los oyentes a duras penas podían contener la risa, pero él siguió endilgándoles el discurso:

—Hoy los novios se embarcan, y sueltan al furioso huracán las velas de su esquife con el cual surcarán triunfantes los bosques impenetrables de la vida social... Sí, señores; a partir de este momento, la hermosa novia ya no debe pensar más que en quitar las telarañas de la casa, condimentar el puchero y cuidar del batallón de pequeñuelos que sin duda va a venir... ¡Brindemos por la prolífica madre futura, por la futura ama de llaves de nuestro buen amigo Rogelio!

Todos rieron y pudieron ocultar sus francas carcajadas entre los gritos de los brindis... Pero Diana quedó consternada... Aquel hombre había dicho cosas que ella no había nunca considerado... Y poco después, la joven, algo desconcertada, entraba por vez primera en su casa... Ella no se había casado para todo aquello.

...¡Quitar las telarañas, cuidar del puchero... de un batallón de pequeñuelos!...

El grotesco orador había dicho todo aquello de un modo desconcertante... pero podía no ser menos cierto... Sin embargo, ella se había casado para brillar más esplendente y libre que nunca, para disfrutar plenamente de los goces de la vida...

Mientras la novia estaba absorta en tales cavilaciones, su camarera le había quitado el manto y Diana quedó con su hermoso traje blanco, encantadora como nunca.

Realmente y más que la perfección de su rostro llamaba la atención la elegancia de su línea perfecta. Cualquiera parte de su cuerpo hubiera podido figurar como modelo de desnudo en una academia de pintura.

La camarera se había retirado... Rogelio miraba a su esposa con admiración desde el umbral de la puerta.

—Rogelio... ¿tú aquí?—preguntó ella con ademán delicioso.

Y el interpelado se acercó con los brazos hacia

adelante deseosos de recibir en ellos aquel cuerpecito encantador...

—Me ha lastimado la torpeza de Burke—dijo después de besarla en la frente—al descubrir en su ridícula peroración tus más recónditos y puros deseos de ver nuestro amor bendito por un don del Cielo... ¿Verdad, vida mía?

—¡Oh, no pensemos aún en ello Rogelio!... Somos jóvenes. Debemos vivir un poco. ¡Siento unas ansias locas de pasear nuestro amor triunfante por las reuniones elegantes... los teatros, los paseos, las carreras!...

—Niña, más que niña—dijo él acariciándola—. En vano tu puerilidad adorable tratará de ahogar los sublimes sentimientos que germinan en el alma de toda mujer... Nacemos para vivir, dar la vida y morir... ¡Y es tan bello el sublime sacrificio!

Mientras Rogelio pronunciaba estas palabras con unión, Diana se levantó muy nerviosa hasta exclamar:

—¡Oh... no! Nacemos para amar... Para disfrutar el máximo de la vida... El mayor culto de una mujer bonita ha de ser el cuidado de su propia belleza... Sólo así podrá experimentar las mayores satisfacciones... sintiéndose halagada... admirada...

Rogelio la contemplaba estupefacto, mientras ella continuaba presa de la mayor agitación y con vehemencia insospechada:

—...¡La mujer descrita por este necio de Burke

tan cruda pero realmente, no puede ser más que una esclava fea del egoísmo del hombre!... ¿Hijos?... ¡Dios no me los envíe!... ¡Ellos son las más de las veces los destructores de esta escultura humana que tanto codiciáis bajo el nombre de mujer... y que buscáis en otra parte cuando la vuestra se ha desfigurado!

—¡Diana... por Dios!—balbucía consternado el pobre esposo—. ...¿Tú sabes lo que estás diciendo?

—Es que quiero que me quieras por mí—dijo ella recobrando su serenidad—. A la mujer que se ansia con pasión y vehemencia. Que si debiste llevar al altar fué porque es honrada... No a la máquina que prolonga un apellido, no al ama de llaves que zurce la ropa y cuida de que la mesa esté servida a la hora, que es como los hombres acostumbráis considerar vuestras esposas...

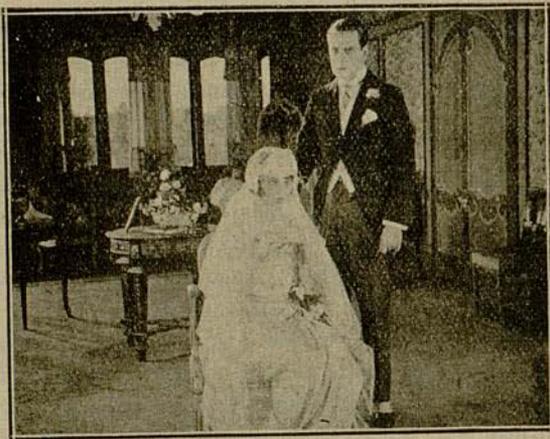
—No podíamos lanzarnos en conversación más inoportuna en el día de hoy—interrumpió Rogelio deseoso de poner fin a una escena por demás mortificante—. No discutamos principios... parecemos unos sociólogos de conferencia...

Y se esforzó en sonreír. Realmente una profunda pena le acongojaba. Nunca hubiera imaginado que Diana podía pensar de aquel modo tan en oposición con sus ideas.

Ella estaba monísima. El calor de sus palabras la habían arrebolado espléndidamente. Sus ojos brillaban de un modo extraordinario, su abultado

pecho se agitaba en airoso vaivén... Rogelio la contempló unos instantes... Había dicho cosas horribles... ¡Pero era tan soberanamente hermosa!... Y se acercó a ella dulcemente y posando sus manos sobre sus mórbidos hombros le susurró:

—Te amo... ya lo sabes que te amo... ¡Con locu-



*Realmente una profunda pena le acongojaba...*

ra!... No desarrollemos tesis... ¡Sintamos!... Y tú verás cómo el ángel que anida en tu corazón como en el de todas las mujeres, se alborozará esplendente si el Cielo bendice sus amores con el fruto que Dios envía...

Ella nada contestó... Los ojos del uno se clavaron

con insistencia en los del otro con pocas ganas de discutir y muchas de acariciarse... Perdieron la noción de la vida porque vivían momentos de felicidad indescriptible, se acercaron... y juntáronse sus besos con vehemencia.

## DESPUES

Pasó algún tiempo. Diana vivía en pleno triunfo de su hermosura soberana. Su fama de elegante la embriagaba deliciosamente... Y habría sido dichosa, feliz, si Rogelio no hubiese seguido con sus *arcaicas* ideas... entristecido porque en la casa lujosa y rica no tintineaba el encanto de una risa infantil.

Cierta tarde, su íntima amiga Marta había ido a visitarla. Diana tomaba el té mientras aquélla se entretenía trabajando con ahinco en prendas de ropita infantil.

—¿Pero tú sabes lo encantador, lo delicioso que es?—exclamaba Marta de pronto, interrumpiendo su trabajo como si no pudiera contener las reflexiones de su propio espíritu gozoso—. Parece que fué ayer... y hoy el primero ya parece un hombrecito... mañana lo será de veras, y entonces... ¡qué orgullosa lo mostraré al mundo!

Diana sonreía y movía la cabeza como quien dis-

culpa algún deseo tonto expuesto por una amistad íntima.

—...Y ahora el Cielo me envía otro angelito—continuaba Marta entusiasmada—. ¡Qué habré hecho yo, Dios mío, para merecer tantas gracias!... ¡Es sublime, Diana, sobrehumano!... Este también, abriendo sus manitas deliciosamente, gritará pronto: “Mamá... Mamá...”

—No me explico cómo puedes alegrarte tanto de una cosa que puede costarte la vida.

—Es que los hijos... ¡Tú no puedes comprender las delicias de una madre!... Te compadezco... Al hijo se le quiere como a una misma, como a un ídolo, como algo divino que nos seduce y subyuga... El es nuestra alegría, nuestro consuelo, él retiene a nuestro lado al hombre amado... ¡Bendito sea!

En tales conversaciones había llegado la hora de cenar y Marta hubo de recoger sus labores para retirarse a su casa.

No quedó Diana mucho rato sola. Rogelio no tardó en llegar.

Las palabras de su amiga la habían desconcertado un poco; de modo que, en cuanto vió a su esposo, corrió hacia él y, pasando sus brazos desnudos por detrás de su cuello, le ofreció sus labios rojos de tentación, preguntándole después del beso que no se hizo esperar:

—Dime Rogelio... ¿Me quieres siempre? Me parece que estás preocupado... triste, de mal humor...

—¿Triste... de mal humor?... ¿Cómo podría estarlo poseyendo el cariño de la mujer más bonita de Londres?

Y se besaron nuevamente. Pero él pareció de súbito presa de la mayor sorpresa. Sus ojos se fijaban en algo que en el suelo había... Diana se apresuró a recogerlo... Era un diminuto calcetín que se le había caído a Marta.

—¡Oh, Diana!... ¡Diana mía!—gritó Rogelio asombrado cayendo en la confusión—. ¿Qué es esto?... ¿Es posible tanta felicidad?...

Diana no respondía. No sabía qué decir. Y el venturoso esposo continuaba ahondando más y más en el error.

—Es... “para él” ¿verdad?... ¡Para el hijo tuyo, nuestro, tan esperado!

—Es para el hijo de Marta—contestó ella secamente, molestanda por el equívoco—. Para otro retoño de esa infeliz Marta... Parece tonta con lo satisfecha que va entre su prole innumerable.

Rogelio pasó repentinamente de la alegría a la más terrible decepción.

—Diana—dijo tristemente, con desaliento—: no sé por qué tiemblo al oírte hablar así... ¿Es posible?... Hace ya dos años que estamos casados... Ya no tienes derecho a pensar como una niña.

Diana bajó los ojos, pero él, tomando su cabeza entre las manos la levantó con vehemencia, diciéndole:

—A ver... Mírame... Tú no puedes pensar como estas mujeres, que no son mujeres sino muñecas de estopa y cartón... ¿Sabes lo que un hijo significa? ¿Ignoras acaso que es mi suprema ilusión?... ¡Ellos son nuestra alegría, el áncora del hogar, el consuelo de la vejez!... ¿No vibra todo tu ser al llamamiento sublime?... ¿No ansías escuchar con embeleso el grito de "mamá"?...

Pero Diana se desasíó de sus brazos. Cada vez que su esposo hablaba de aquella manera, se enfurecía a su pesar, nerviosa de que Rogelio no pensara como ella en una cuestión en que la desventurada consideraba tan certera su manera de apreciar las cosas.

—Un hijo significa la destrucción de la mujer... el hogar pesado, triste, monótono, sin fiestas, sin trajes, sin bailes, sin los halagos que constituyen la única razón de ser de una mujer hermosa...

—¡Diana!... ¡Por Dios!...

—¡Hijos... El hombre los ansía!... Es lógico... ¿Qué perdéis con ello? Al contrario, ganáis en libertad y vuestro egoísmo ve en los hijos al probable cooperador en el trabajo de mañana... ¡Pero la mujer puede perder su belleza y hasta la vida!... ¡No es el mismo punto de vista ciertamente!... ¡Y yo no estoy dispuesta a arriesgar ni lo uno ni lo otro!

—¡Diana!—Interrumpió Rogelio con severidad, con decisión, con el ademán del que ha tomado una

resolución inquebrantable—, Quise esperar que el tiempo o al menos el instinto te harían sentar la cabeza haciéndote sentir como una mujer que tal título merezca y no con la mentalidad odiosa de estas desventuradas que pueden adquirirse en el público bazar... Hablando como tú lo haces... di, ¿qué te diferencia de ellas?

Si aquel hubiera sido el primer altercado sobre el asunto... ¡Pero era el último!

Y el hombre probó, capaz de amar con frenesí a una mujer digna de él... ya se imaginaba el bienestar ansiado, fuera del hogar. Y pensaba en Carola Benson y ya parangonaba y notaba diferencias... ¡Ay del esposo que compara a su mujer con las demás!

Diana sostenía con tesón su equívoca actitud... Pasó por delante de un espejo y al contemplarse se encontró tan bonita que murmuró:

—Parece mentira... Sin embargo el espejo me es fiel... ¡Y él... o no me mira o no me ve!

Y haciendo un mohín delicioso en ella pero antipático por el significado, se alejó, dejando a Rogelio consternado...



—;Tú no puedes comprender las delicias de una madre!

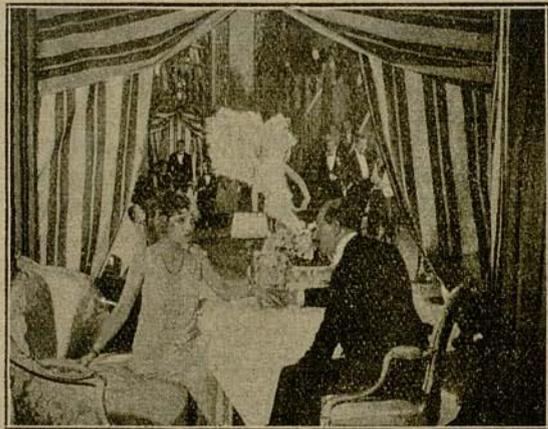
## LO FATAL

No se habló más del asunto. De día en día los esposos se distanciaban más y más. Diana, completamente embriagada por la vida de sociedad, paseaba ufana entre una multitud de admiradores que, naturalmente, no tenían más deseo que el de perderla. Al propio tiempo, Rogeio, que había vuelto a encontrar por casualidad a Carola Benson, haviendo de un hogar en el que no encontraba el santo calor de la familia, volvía a soñar un poco con aquella mujer que pensaba tan en consonancia con él y a la que ya se arrepentía de haber abandonado por juntarse a una mujer más hermosa... Hemos dicho "hermosa"... ¿Es que realmente puede ser hermosa una mujer que de tal sólo tiene el cuerpo admirable?

De los escarceos peligrosos a la caída no hay más que un paso. La imprudente Diana, deseosa de conocer un mundo en el cual ella creía—¡insensata!—que se disfrutaba mucho, llegó hasta aceptar una cena con un tal Enrique de la Tour: un desvergonzado cargado de millones y de un "pasado" turbulento, para quien la mujer era algo digno de cierta atención en los ratos de ocio.

Fué en el "Dancing-Girls". Diana había acudido allí temblorosa y agitada, pero convencida de que una mujer bonita tiene la obligación de disfrutar

de la vida fastuosa y alegre. Pero no bien hubieron entrado, su delicada feminidad protestó airadamente desde lo más recóndito de su corazón... Aquellas mujeres y aquellos hombres animalizados por el vicio le produjeron una impresión terrible, tanto, que a los pocos minutos de permanecer en aquel antro



*...su delicada feminidad protestó airadamente desde lo más recóndito de su corazón...*

de "diversión a tanto la hora" quiso retirarse dejando a Enrique de la Tour bastante desconcertado.

Pero la cuitada había tenido la ligereza de pro-

meter al libertino que al día siguiente le visitaría en su finca de Denswire.

Realmente Diana estaba como loca. No sabía exactamente lo que quería, ni lo que pensaba, ni lo que deseaba. Ella se había imaginado otra cosa de la vida de casada... Ella se había imaginado otra cosa de la vida de "placer"...

Porque en uno u otro caso ella no buscaba más que la satisfacción de su egotismo, *cuando precisamente la mujer no ha sido creada más que para los demás.*

Pasó una noche de insomnio terrible. Lo poco que había visto de aquella vida tan brillantemente descrita por De la Tour le había causado casi náuseas... Mas ansiaba conocer, ver, vivir...

#### FUERA DEL NIDO

Rogelio, si no la dicha, al menos había encontrado una relativa felicidad lejos del hogar. Carola Benson, la mujer que le adoraba hasta la locura, había sabido darle los gozes que en su casa Diana le negaba tan criminalmente... Pero Rogelio, precisamente porque veía la abnegación de Carola, no podía ser dichoso viéndose unido forzosamente a otra mujer muy hermosa por fuera pero incolora por dentro.

Entretanto Diana había reflexionado mucho, con tan mala fortuna, que su cabecita loca le dictó al día siguiente la carta así concebida:

*"Rogelio:*

*Decididamente tú y yo debemos recuperar la libertad... Tú necesitas una madre para tus hijos y una mujer para tu hogar... Y yo quiero vivir y gozar... No dudes sin embargo de que mi mayor felicidad hubiera sido ir colgada de tu brazo por el esplendente camino que quiero seguir".*

Y dejó recomendado a un criado que entregara la carta a Rogelio no bien entrase en la casa.

Eran las ocho y media. La hora fijada por Enrique de la Tour para recibirla en Denswire... Y allí se dirigió la casquivana Diana.

Un criado chino la introdujo en un lujoso salón diciéndole que De la Tour aun no había llegado, pero que no podía tardar.

Apenas se hubo quedado sola Diana experimentó cierta repugnancia. En efecto, la ausencia de Enrique le parecía por demás descortés...

Pero mayor fué aún su sorpresa cuando vió que pasaba una hora y aquel hombre no llegaba. De pronto se percibió desde el salón, bien distintamente, el ruido de un automóvil que se detenía ante el edificio. Diana se levantó nerviosa dispuesta a decir a Enrique lo que pensaba de su tardanza.

Mas júzuese de su sorpresa al ver entrar a una

mujer muy bonita y elegantemente vestida que no bien se dió cuenta de que ella estaba allí se le acercó balanceándose y le dijo con retintín:

—¿Espera usted al señor de la Tour? Si le parece, podemos hacer antesala juntas.

Diana no contestó, pero se mordió los labios.

—¿Es usted acaso la esposa del señor de la Tour?—preguntó Diana seguidamente.

La recién llegada lanzó una carcajada exclamando:

—¿Su esposa?... No tengo este honor. Yo soy una desventurada como usted busca serlo, según parece.

Diana, ante la alusión certera, cerró los ojos, dolorida.

—Comprendo su estado de ánimo—continuó aquella mujer interesándose más y más en la conversación—. Duda, vacila... ¡Ojalá cuando vacilaba como usted hubiese encontrado alguien que hablara como yo!... ¡Cuánto dolor, cuánta miseria humana, cuánta vergüenza evitada!... Pero ya sé que no haré caso... ¡Todas queremos probar!

Había en las palabras de aquella desconocida tanto dolor y sentimiento que unida la impresión que produjeron en el ánimo de Diana con el estado de su espíritu en aquellos momentos de su vida, no pudo contener las lágrimas.

—Harto veo que es usted una mujer buena—prosiguió la desconocida, levantándose y sentándose en el brazo del sillón de Diana, que la escuchaba emo-

cionada—. Es usted víctima del espejuelo de una vida engañosa de oro.

Aquella mujer parecía hablar consigo misma, Diana la escuchaba como a la encarnación de su propia conciencia.

—¿Cómo puede una mujer ser tan ciega?—continuaba—. Yo tenía un esposo pobre pero honrado y le abandoné... ¡Y hoy voy vestida de sedas y pieles, y me arrastran en automóvil!... ¡Qué vergüenza!... A las mujeres como nosotras se nos niega incluso el derecho de sentir... Se nos considera como simples objetos. El mundo no nos ve más que ricamente ataviadas, con una sonrisa pagada en los labios... ¡Y nos envidia!... Pero si nos vieran cuando estamos solas ante nuestra miseria interna, sin un cariño, sin una mano amiga... sin poder llorar siquiera para no arrugarnos el rostro... sin poder tener el consuelo de que una vocecita divina nos llame "mamá"...

Pronunció, la desconocida, estas palabras con tanto sentimiento, que Diana se levantó repentinamente como movida por un resorte. Sus ojos brillaban de un modo extraño como si otro espíritu se asomara por ellos a la vida terrenal.

—¡Un hijo!—exclamó con vehemencia—. ¡Pero esta palabra algo debe tener realmente de mágica cuando todas las mujeres se estremecen a su conjuro!... Usted no sabe el bien que me han hecho sus palabras, señora... Tiene razón. La hermosura

se pierde con los años... Y entonces... sólo nos quedarán los sinceros afectos que hayamos sabido inspirar.

Y salió de la estancia precipitadamente apretando con afecto la mano de una desconocida que había sabido hablarle con la voz de la experiencia mos-



*En el umbral de la puerta tropezó con Enrique...*

trándole en sus colores reales el "brillante camino que pensaba seguir".

En el umbral de la puerta tropezó con Enrique, a quien una avería en el automóvil había entretenido extraordinariamente provocando el retraso que

motivó la coincidencia de sus múltiples pero bien combinadas citas.

—No permaneceré aquí ni un instante más... ¡Afortunadamente sus villanías no me han manchado aún!

Y eso diciendo Diana salió de aquella mansión.

#### NACER, DAR LA VIDA Y MORIR

Cuando Diana regresó a su casa, su primera pregunta fué para inquirir si Rogelio había llegado y si le habían entregado la carta que en mala hora escribiera.

Afortunadamente su esposo había sido llamado con urgencia al teléfono y había dejado sobre una mesa la carta en cuestión.

Diana suspiró satisfecha... Había llegado a tiempo... pero... ¿Podría reconquistar el corazón de su esposo?... Y Diana sintió que quería a Rogelio como nunca le había querido y todo su ser estremecióse... ¡Al fin el ángel que anida en el corazón de todas las mujeres lanzó el grito triunfal que transforma al "objeto de placer" en un ser casi celeste que merece la adoración de los hombres!

Pero mientras la infeliz soñaba en venturosos días futuros con muchas flores, mucha felicidad y no repugnando ya la idea de un hijo, Rogelio telefonaba a Carola que le había mandado llamar urgentemente.

En el aparato no estaba su amada sino el doctor Brookers.

Lo que escuchó Rogelio, Diana no pudo oírlo, pero ella le vió acercarse con el rostro pálido y presa de la mayor emoción.

Ordenó que le trajeran el abrigo y el sombrero y dispúsose a salir.

—Debo marcharme inmediatamente... Es posible que no regrese en toda la noche... Tenga la bondad de no molestarse esperándome.

Rogelio había hablado a su esposa. Sí, a su esposa a la que trataba con aquella glacial frialdad desde que sólo esperaba para separarse de ella la tramitación del divorcio.

Pero Diana sintió como un latigazo en el corazón. Una inspiración extraña llegó a su mente y exclamó:

—¡Tú vas a ver a una mujer!... Si persistes en querer divorciar... ¡es para unirte con otra!...

—¿Le importa a usted algo todo esto?

—¡Conque era cierto!... Ya no me amas... sin embargo, yo... Me desprecias por una mujer cualquiera sin honra ni dignidad...

—¡Calla, desventurada!—interrumpió él—. ¿Con

qué derecho la insultas tú?... ¡Tú, que tienes el alma de mujerzuela... tú que ni sientes como una mujer!

—Y tú ¿por qué me insultas?... ¿Has olvidado que *aun* soy tu esposa?... ¿que *aun* llevo tu nombre?... ¿Por qué prefieres a otra mujer?



—¿Con qué derecho la insultas tú?

—¡Porque ella va a ser madre de mi hijo!... ¡Porque ella ha depositado en mí su honra y su dignidad libremente! ¡Con la misma libertad que tú perdiste el derecho a llamarte esposa mía!... ¡Ella es mi hogar... es mi familia! ¡Tú eres una

egoísta embriagada por tu propia hermosura!... ¡Y la hermosura no es el todo en la mujer, Diana!

Tras este arrebató sentimental salió, dejando a Diana con el alma agitada y anonadada completamente por los choques morales que sufría.



...dejando a Diana con el alma agitada...

## AMOR

Pasó la noche borrascosa y triste de insomnio... en que el alma habló mucho a Diana y calló el cuerpo... La pasó por completo en la misma estancia en que habíase desarrollado la anterior escena... Al apuntar el alba, ésta sorprendióla medio dormida sobre un canapé.

No bien se hubo despertado a la caricia del sol, Rogelio entró. Tenía el rostro desencajado, muestra evidente de que había pasado una noche terrible. Diana se le acercó con cautela. El pareció no notar su presencia. Maquinalmente quitóse el abrigo, los guantes, tiró el sombrero sobre una silla y cayendo en un sillón prorrumpió en sollozos.

Diana se arrodilló a su lado y tomándole una mano le suplicó con la mirada con elocuencia tal, que Rogelio balbució:

—Ha sido terrible... horroroso... El niño... ella... los dos han muerto...

Diana quedó unos momentos pasmada, pero después sus ojos se iluminaron de un modo extraordinario y sublime, tan sublime que Rogelio no pudo por menos de fijarse en ellos y prestarle atención.

—¡Qué bien comprendo ahora—exclamó la esposa dolorida pero sublimizada por su propio arrepentimiento—la grandeza de la mujer!... ¡Dar la vida



—¡Qué bien comprendo ahora la grandeza de la mujer!...

por un hijo!... ¡Sublime sacrificio!... Lo demás no es nada... nada...

Y después, tomando la mano de su esposo, prosiguió con vehemencia ante la admirada sorpresa del que nunca la había oído hablar de aquel modo:

—Rogelio... Rogelio mío... Te amo como mereces ser amado, como una mujer buena puede amar cuando llegó su hora... Pasará esta nube de dolor... ¡Contenta daría también la vida por un hijo... ¡Un hijo tuyo, Rogelio de mi alma!

Y en la tarde plomiza, gris, opaca, tarde genuinamente londinense en que los transeuntes apresuran el paso, en que la lluvia que cae, más que propiamente lluvia es una pulverización antipática y molesta... en que la neblina densísima y amarillenta parece pegajosa, Diana no había conseguido distraer su mal humor con la lectura de sus memorias que terminaban en la sublime reconciliación. Pero un ruido grato a su corazón producíase cerca de ella... Y al mirar la adorada causa se aclaró como por encanto su ensombrecido corazón... Era su hijo, su querubín de cinco años que jugueteaba por allí alegrando el ambiente con sus cantos infantiles. Diana no pudo contener el deseo que sintió de abrazarlo, de estrecharlo contra su corazón fuerte, muy fuerte... En aquel instante llegó Rogelio. Contento contempló el precioso cua-

dro... Acercóse al grupo encantador, besó a su esposa querida en la frente, y le tomó el niño que alegremente celebraba la llegada del adorado "papá"...

Diana sonreía satisfecha...

Unos minutos después, aquellas penosas memorias tuvieron su última página.

*"Ahora soy dichosa... Somos dichosos... Un hijo... ¡Un hijo!... ¡Que ninguna hable de ellos hasta después de haberlos arrullado en sus brazos!..."*

P. D.—*Me impongo la obligación de publicar estas memorias para enseñanza de las mujeres que en mi caso se encuentren".*

FIN

Prohibida la reproducción.

---

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

---

Con esta novela se regala la postal fotografía de

HENRI KRAUSS